



EL CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

Núm. 10 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Marzo 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes. 12 rs.	Provincias.	Tres meses. 38 rs.
Tres meses. 32		Seis meses. 74
Seis meses. 62		Un año. 144
En año. 120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 40 ps.—En Filipinas y el Continente de América 45 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.
REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes. 8 rs.	Provincias.	Tres meses. 21 rs.
Tres meses. 20		Seis meses. 40
Seis meses. 38		Un año. 84
Un año. 72		

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujarrar, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P.º del Sol; y Administracion de El Cascabel, Plazuela de Matute, 2.—**PROVINCIAS.** En Barcelona, en la Administracion del Correo de L. Muga, calle del Carmen, 24, 1.º; en Valençia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En Paris Mr. Francis Ehardt, 53, rue Vivienne, prés le Boulevard, y C. A. Saavedra, 53, rue Tailbout.

SUMARIO.

Felipe II, por la Condesa de Araceli.—*Siempre ella!* por Roberto Iranzo Palavicino.—*A la muerte de Jesus*, poesia, por José Lamarque de Novoa.—*Un recuerdo*, poesia, por Carlos Melchor Egozcue.—*Zinska*, por Angela Grassi.—*El canto de las Tinieblas en la Capilla Sixtina*, por José Pastor de la Roca.—*Tardes de Primavera*, por M. F. Polavieja.—*El Nido de las aves*, por A.—*La Abadía*, por Micaela de Silva.—*Sociedad de Escritores y Artistas*, por Anibal Alvarez-Ossorio.—*Explicacion del figurin*.—**VARIEDADES:** *Correspondencia*.—*Charada*.
GRABADOS.—Felipe II.—El Monumento de Semana Santa, en el Escorial.—La muerte de Jesus.—Las Primicias.

FELIPE II.

Varios son los juicios que han formado los historiadores sobre este poderoso monarca; pero de todos modos es una gran figura que se levanta en el último confin de la Edad Media, y que, como los personajes legendarios de otros tiempos, se muestra envuelta entre el ropaje de la poesía y del misterio.

Su ambicion partía de la tierra para terminar en el cielo; su inflexible severidad no obedecía á móviles pequeños y rastreros; sus mismos errores eran hijos de nobles y levantados pensamientos.

Acaso las turbulencias de su tiempo no tuvieron poca parte en la áspera severidad de su carácter.

Para juzgar bien á este monarca, es preciso juzgarle con su época; es preciso estudiar las ideas, las pasiones, las tendencias de su siglo. No se puede juzgar con acierto de una estatua derribada de su zócalo; no se puede apreciar bien el mérito de un cuadro despojado de su marco.

Nació Felipe II en Valladolid el día 21 de Mayo de 1527, debiendo el ser al Emperador Carlos V y á su esposa Doña Isabel de Portugal; empuñó el cetro de España en 1556, por abdicacion de su padre; reinó por espacio de 42 años, y bajó al sepulcro en el Escorial, el 13 de Setiembre de 1598, á la avanzada edad de 71 años.

Soberano de dos mundos, en cuyos dilatadísimos dominios no se ponía jamás el sol, necesitaba que la mano que sostenía el cetro fuese de hierro, é inquebrantable la firmeza de su alma.

Acontecimientos imprevistos, y que se sucedían unos á otros en sus lejanos Estados, traían, sin cesar, conturbada su mente y agitado su ánimo. La Francia, confederada con el Pontífice Paulo IV, invade sus fronteras, tra-



FELIPE II.

tando de despojarle de sus posesiones de Italia. Los Países-Bajos se le sublevar auxiliados por Inglaterra y Francia. Los Moriscos del reino de Granada, refugiados entre las crestas de las Alpujarras, amenazan volver á extender triunfante sobre España el estandarte del Profeta. El usurpador Selim intenta, con sus escuadras, apoderarse de Chipre. Luchas interiores destrozan su corazón de padre; arde la tea de populares revueltas en Aragon; y por último, la herejía de Lutero, extendiéndose rápidamente por España, inflama las hogueras inquisitoria-

les, ya que no encienda, como en vecinos países, las funestas guerras de religion, que en un día inmolaban más víctimas que todos los autos de fé del pavoroso tribunal.

Para dominar tantos y tan encontrados elementos, para poner coto á tantas y tan desordenadas ambiciones, se necesitaba una mano segura y una voluntad inflexible.

¿Puede acaso culparse al piloto que, en medio de la deshecha borrasca, arroja al mar algunos pequeños despojos, si logra salvar la nave y el cargamento?

La personificación grandiosa de Felipe II, es el edificio que se alza en las faldas de una cordillera de montes, continuation de las sierras de Guadarrama, colosal como era entonces el Imperio español, severo como el monarca que mandó echar sus cimientos. Este edificio es el Escorial, que los mismos extranjeros colocaron entre las maravillas del mundo.

Grandioso monumento del estilo greco-romano restaurado, revolucion del arte que inauguró el génio de Miguel Angel Buonarroti y que con tanto acierto introdujo en España el asturiano Juan de Herrera; la sorprendente mole del Monasterio del Escorial se levanta magestuosa, dando motivo de profundo estudio al artista, de meditaciones al filósofo y al historiador, y de admiracion á todos los amantes de lo bello.

El Escorial y Felipe II son dos nombres que no pueden pronunciarse separados: el recuerdo del monarca evoca el de la preciada maravilla que supo legar á España, y asimismo el viajero, que absorto de admiracion, contempla el venerando Monasterio, no puede ménos de ver vagar por entre sus ventanas la pálida figura de Felipe, tal como la vemos retratada en el magnífico cuadro de Pantoja.

Si en todos los santuarios es grave y solemne la representacion de los sublimes misterios del catolicismo, en ninguna parte ostentan más imponente magestad que en aquel severo templo, escondido entre montañas. Uno de los grabados que enaltecen este número, ofrece la vista del Monumento de Semana Santa. Los que han visitado el Escorial durante esos días, saben el efecto que produce en el ánimo el suntuoso templo, iluminado por el pálido reflejo de los cirios y lleno de armonías. Allí el inefable misterio de nuestra religion conmueve viva-

mente el alma, y el pecador, á los piés del Salvador crucificado, abjura sus errores y sólo piensa en volver á las sendas olvidadas de su patria, que es el cielo.

LA CONDESA DE ARACELI.

¡SIEMPRE ELLA!

FANTASIA

EN EL ALBUM DE MI DISTINGUIDA AMIGA

LA SEÑORA DOÑA MATILDE FÁBREGUES DE FÁBREGUES.

A la caída de la tarde de un hermoso día de primavera salí á respirar el fresco; el sol, lleno de fuego, desaparecía del horizonte, y las sombras, bajando de las montañas, se extendían por la llanura. Poco despues el aire era puro, ninguna nube oscurecía el cielo; brillantes estrellas embellecían su azulada bóveda; la agradable claridad de la luna, esparcida por todas partes, daba un nuevo encanto á los objetos campestres. Este resplandor, esta luz incierta mezclada á lo léjos con la sombra de los bosques y laderas, me inspiraban una dulce melancolía.

Sin poderlo explicar, andando y andando, fuí á sentarme en el sotillo vecino sobre un ribazo tapizado de verde yerba. Mi pensamiento vagaba incierto contemplando la hermosura de la noche y mis ojos se cerraron poco á poco y me quedé dormido.

Soné, pero era tan dulce mi soñar que jamás debiera haber despertado.

I.

„Los años de la infancia, aquellos en que embriagado nuestro corazón en el deleitoso néctar de virginales perfumes, adormecidos al cariñoso acento de ilusionadoras melodías, velados por la casta inocencia del alma, vivimos en un mundo de color de rosa, vinieron á mi memoria: entónces un agradable estremecimiento sintió todo mi sér, y desperté un segundo,.... mis mejillas habian sido humedecidas por los lábios de una persona querida.

Aquella persona era una mujer: mi madre.

II.

El sueño cerró al instante mis ojos y la risueña primavera de mi vida se presentó ante mí, ataviada con su precioso traje destellando un paraíso de oro, de gloria y de felicidad; todo lo ví grande, claro, poético, sublime; me extasiaban el azul del cielo, las cristalinas hebras del arroyo, las copas anchurosas de los árboles, el canto de los pájaros, la luna con sus plateados destellos, y el mar con su azulado tinte. De este magnífico y sorprendente panorama me hizo apartar la vista por un momento el cúmulo de bellezas que acababa de ver en la velada figura de una sombra que rápida cruzó ante mí alentándome con su fascinadora mirada, y extasiado al ver sus voluptuosas formas, no pude ménos de exclamar: qué hermosa!

Aquella sombra era otra mujer.

III.

Y el sueño continuó tranquilo como las aguas de un lago, proporcionándome dicha tras dicha.

Me veía en esa edad que es la mitad de la carrera de la vida; un halagueño porvenir me esperaba, riquezas, honores, posición, cuanto el hombre puede desear: y sin embargo, mi corazón estaba inquieto; sus latidos, irregulares unas veces, acompasados otras como el péndulo de un reloj, pedía con la insistencia de un niño mimado un tiempo medio que regularizase aquellas oscilaciones. Un billete, perfumado como el ceferillo que besa á las flores le normalizó. Entónces henchido de gozo encontró la quietud que tanto anhelaba: el billete no era más que la voz de otra mujer, que me decía con tono cadencioso: „¡ven, que te amo!“

IV.

Despues, el sopor siguió al sueño: aún soñaba, pero soñaba casi despierto; las ilusiones se marcharon; huyeron los fascinadores fantasmas; la sangre, ántes hirviente, se fué congelando; la frente se postró adornada de arrugas; me encontraba al amor de las azuladas llamas de una chimenea, rodeado de mis nietecitos, á quienes estrechaba con efusión cuando con sus vocecitas me llamaban ¡abuelo!

Y yo, bendiciéndolos, alabando mil veces á Dios, ¿por quién preguntaba? ¿qué anhelaba? ¿qué ansiaba ya? á la abuela que se apoyaba sonriente sobre mis hombros, á mi hija, consuelo de mi existencia y el ángel de mi hogar.

Al llegar aquí el frío de la noche me despertó; dos lágrimas surcaron por mis mejillas; el recuerdo de mi sueño va siempre conmigo; anacoreta del desierto de la vida,

nunca puedo olvidar en mi retiro á la mujer, porque continuamente llega á mi oído una voz, dulce como el gorgo del ruiseñor, que me dice: ¡siempre ella!

ROBERTO IRANZO PALAVICINO.

Valencia, Agosto 1871.



Á LA MUERTE DE JESUS.

Aut Deus natura patitur;
aut machina mundi evertitur
(Sanct. Dionis. Areopag.)

¿Por qué del almo cielo palidecen
Los vivos resplandores?
¿Por qué las sombras crecen
Y en triste noche umbría
Vése trocado de improviso el día?
¿Por qué brama iracundo
Inquieto el mar, y en inflamada nube
El trueno estalla con fragor profundo?

Ay! que del alto Gólgotha en la cumbre
Fatídico se alza
Tosco madero, do en cruel suplicio
El Hijo del Eterno
Cual víctima se entrega al sacrificio.
Y bárbaros sayones
Martirizan al Justo,
É iníca multitud, que horror inspira,
Por la injusticia y la maldad guiada
Escarnee á su Dios, ardiendo en ira.
Ah! nada templa su furor creciente,
Ni de Jesus la sangre derramada,
Ni de su triste Madre el llanto ardiente:
Llanto amoroso que al correr fecundo
La tierra purifica, presagiando
Consuelo y paz y salvacion al mundo.

Y tú, pueblo deicida,
¿No eres el mismo que la voz alzando
Ante el Verbo divino,
Hossanna al hijo de David decias,
Y amante en su camino,
Oliva y verdes palmas le ofrecias?
Y hora le niegas! Ay! ¿Qué infausta mano
Te impulsa al crimen, que iracundo y ciego
Desconoces su origen soberano,
Y sordo estás de la clemencia al ruego?
¿Es que se acerca la terrible hora
¿Oh misera Sion! en que perdidos
Los celestiales dones
Que bondadoso te envió el Inmenso,
No sólo te contemplan las naciones
Vil juguete de bárbaras legiones,
Del Cielo por castigo,
Sino que errantes por el ancho mundo
Tus hijos vayan, sin tener ni un pueblo,
Ni un pueblo sólo que les preste abrigo?

Oh! sí, se acerca: con tu propia mano
En tu seno has abierto la honda herida;
Que no Isafas lo anunciara en vano,
Ni fuera de Ezequiel la voz perdida.
Sí, ya espira Jesus... El eco airado
Resuena de Jehová, triste la lumbre
Desfallece del sol; tiembla la tierra
Del uno al otro polo,
Y las cenizas que la tumba encierra
Se reaniman, causando al hombre espanto:
Chocan las piedras, y del templo santo
Se rasga el sacro velo...
Ruge Satan en su infernal morada,
Que el alma fiel, de su poder salvada,
Feliz ya puede remontarse al Cielo.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

UN RECUERDO

Á MI SIMPÁTICA AMIGA

LA STA. D. ANTONIA CRISTOBAL Y RUVIRA.

La perla de rocío, que mantuve
Oculta en el rosal de mi ventana,
Es un recuerdo de la casta nube
Que dispó la luz de la mañana.

Todo el perfume que la flor de un día
Despide de sus pétalos mejores,
Es un recuerdo que la flor envía
Al aura que murmura sus amores.

La melodía dulce y suave queja
Del ave fénix, al cambiar de zona,
Es también un recuerdo que se deja
En la desierta playa que abandona.

El rayo de la luna tembloroso
Es lágrima de luz que Diana llora,
Y también un recuerdo doloroso
Del dulcísimo rayo de la aurora.

Y es la gota de llanto que resbala
De la mejilla de la madre al suelo...
Recuerdo que cobija bajo su ala
¿Ángel hermoso cuando sube al cielo!

Y es el beso, que en sueños, delirante,
Dar á la sombra el amador intenta,
Recuerdo fiel del corazón amante
Para la virgen que su amor alienta.

Y es el quejido pudoroso y blando,
Que entre las cuerdas del laud espira,
Simpático recuerdo que, volando,
Viene del cielo y la canción inspira.

De las flores, las auras y las aves,
Entre las almas cándidas me pierdo;
Todas he visto que suspiran suaves,
Y sé que el suspirar es un recuerdo.

Qué es un recuerdo, pues? Alba de Mayo,
O mariposa de voluble giro,
Perla, perfume, melodía ó rayo,
Lágrima, beso, cántico y suspiro.

Recuerdo es el tesoro inapreciable
Que el alma pura con cuidado encierra;
Recuerdo es lo más dulce y adorable
Que baja de los cielos á la tierra.

Recordar es vivir: el que no siente
Alguna vez su pecho palpitante,
O cruzar una ráfaga su frente,
O brotar una lágrima en sus ojos,
O agitarse su labio balbuciente...
Que no lo tome á enojos
Si mi palabra en sus oídos zumba
Como anatema que de horror le espante:
Su cuerpo y alma, míseros despojos
De la muerte, serán un ambulante
Cadáver; escapado de la tumba!
Yo quiero recordar; mas no enconado
Hoy el dolor agita, despiadado,
Las cuerdas de mi lira;
¿Que está de atormentarme fatigado
Y yo descanso mientras él respira!
No tardará en venir, y con usura
Querrá cobrarse el día de ventura
Que me ha dejado en paz y santa calma...
No es, pues, dolor lo que recuerda mi alma.
Será tal vez amor?... Pobre poeta!
Sin más tesoros que el laud de flores
Que entre tus manos trémulas sujeta,
El ángel de los sueños de colores
Que tu abrasada fantasía inquieta,
Quién te ha de amar?... ¿Si tu modesta cuna
Sólo te dió ilusiones por tesoro,
Y flores por fortuna?
Basten á tu ambición tus sueños de oro,
Y calme tu desvelo
El amor á la gloria... ¡pues ya sabes
Que el amor del poeta está en el cielo!
No, pues, de amor mi corazón suspira,
Que sólo de amistad las notas suaves
Se mecen en las cuerdas de mi lira.

Amistad; solo amistad,
Amable Antonia, podré
Cantar hoy á tu beldad;
Que no soy digno, en verdad,
De consagrarte mi fé.

Y aunque tal fuego imprimió
En tus ojos seductores
El sol que nacer te vió,

Que el ángel de mis amores
Podría llamarte yo,

Y gracia tan peregrina
Tomó tu boca divina
Del americano suelo,
Que tu sonrisa fascina
Como sonrisa del cielo,

Yo sólo puedo enojarte.
¡Dichoso quien sepa amarte
Con amor digno de tí,
Ya que no hay siquiera en mí
Mérito para ensalzarte!

Mas yo seré muy dichoso,
Si recibes con bondad
El recuerdo cariñoso
Que te lleva, pudoroso,
La expresion de mi amistad.

CÁRLOS MELCHOR EGÓZCUE.

ZINSKA.

(RECUERDO HISTÓRICO DE CATALUÑA.)

Dedicado á mi amigo el Sr. D. Felipe Carrasco y de Molina.

¡Por qué hemos de cantar, hermano, los pensiles del Oriente, el cielo azul y trasparente de Italia y los vírgenes bosques de América, si es bello y esplendoroso el cielo que nos cubre, si hay aquí árboles seculares, brisas perfumadas, hermosas florecillas y arroyuelos que murmuran? ¡Por qué hemos de pedir prestados sus héroes á las naciones extrañas, si nuestros héroes son gigantescas figuras que resaltan perfectamente sobre el rico matiz de nuestros campos?

¡Qué le falta á España para ser celebrada como uno de los jardines del universo?

Cisnes que canten sus bellos paisajes y sus grandes hechos; almas entusiastas que nos aplaudan y precen.

¡Ah, no es á mí, hermano, á quien ha confiado Dios mision tan grata, ni pueden las débiles manos de una mujer sostener la paleta destinada á trazar grandes bocetos; pero tú que llevas grabado en la frente el sello de la inspiracion sublime y atrevida, tú á quien electrizan y trasportan los heroicos hechos, enarbola la bandera patria y canta arrebatado nuestras glorias!

A tí el laurel del génio y las palmas del triunfo: á mí la pasionaria y la violeta, simbolo de los que sufren ignorados y que ignorados mueren.

Yo tambien voy á cantar, hermano, porque no sé qué objeto dar á los tumultuosos latidos de mi pecho; no sé en qué objeto fijar las ideas que se acumulan en mi mente. ¡Vivo sola y aislada, sola y aislada siento, y medito siempre sola! ¡Preciso es cantar cuando el alma sufre; preciso es evocar recuerdos para combatir las decepciones!

Por eso canto desde que he empezado á comprender la vida; por eso cantaré hasta mi postrer suspiro. ¡Qué importa que el aura se lleve mis canciones? Las olas del mar no dejan impresa su huella en la arenosa playa, y no obstante vuelven á regarla siempre obedeciendo á su secreto instinto. ¡Quién sabe si en su breve tránsito fecundan alguna humilde flor escondida entre la arena? ¡Quién sabe si mis canciones enjugarán tal vez algunas lágrimas?

Entre empolvados pergaminos he hallado una vieja historia. Historia de dolor, hermano; pero es una historia patria.

Una pequeña y olvidada semilla engendra hermosos frutos; tal vez mi sencilla narracion evoque en tu mente ideas que asombren al universo.

Yo te la ofrezco, hermano; léela, y no olvides que es tan sólo un alma comprimida la que intenta esplayarse al son de sus canciones.

I.

Hay un país en el mundo tan risueño como el primer Eden de nuestros padres, y este país es Cataluña; hay un cielo, tan sereno como el de la Grecia, y este es el que besa los gigantescos picos del Monseny; hay mujeres tan bellas como las que los Muftis prometen á los elegidos, y estas son las que nacen entre las flores regadas por el Segre y el Llobregat. Habeis visitado á Cataluña? Tal vez no hallareis en sus campos la lozana vegetacion de Valencia y Andalucía; pero la mano del hombre está grabada en cada uno de sus trabajosos surcos, y cada uno de sus collados, en donde los verdes pámpanos cubren una tierra árida y calcinosa, atestiguan la humana inteligencia.

Habeis visitado á Cataluña, repito? Si la habeis visto; si habeis saludado sus populosas ciudades, sus pintorescas aldeas, sus altivos montes; si habeis contemplado con delicia las fértiles llanuras del Urgel, los hermosos viñedos del Priorato, las perfumadas florestas del Vallés; si habeis admirado los sorprendentes paisajes que se descubren desde las Garrigas y el Mont-Sant; si os habeis inclinado con respeto ante el escarpado Monserrat con sus caprichosos picos; si habeis recorrido, en fin, con el pecho palpitante de emocion las deliciosas costas, sombreadas por mil barquichuelos y bañadas por las plateadas ondas de un mar límpido y sereno, sin duda exclamareis conmigo: ¡Bendito seas, vergel de las maravillas, bendita seas, Cataluña!

Era el año 1147; el cuarto Berenguer reinaba en ella, y ante su gloriosa bandera doblaban todas las naciones sus estandartes. Solicitaban su amistad los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, y hasta el rey de Francia, Luis el Joven, se honraba con sus consejos. Entónces el nombre de Cataluña era un nombre bendecido y venerado; entónces sus intrépidos guerreros llevaban á cabo hazañas portentosas, y sus naves vogaban de polo á polo sembrando por doquiera los tesoros de su industria.

No estaba lejos el tiempo en que una emperatriz vinda de lejanas tierras y horriblemente calumniada, se habia acogido á un monarca catalan para que fuera su paladin en el juicio de Dios que debia verificarse, y Dios, su inocencia y la invencible espada del héroe la volvieron su perdida honra. Tal cúmulo de prosperidades y de gloria llenaba de orgullo á los Catalanes; pero era el orgullo de las almas nobles que las impele á intentar grandes acciones.

Ramon Berenguer era un héroe encumbrado sobre los hombros de mil héroes, y por esto parecia un gigante á los asombrados pueblos. Berenguer era un padre justiciero de sus vasallos, y la historia ha grabado con letras de oro su duelo con el Veguer de Barcelona, en el cual no se desdeñó de admitir el juicio de Dios que le condenaron á sufrir los incorruptibles jueces, como si fuese el último de sus vasallos.

¡Cuán grande es la magestad que arroja su manto de púrpura, y se hace pequeña con los pequeños y llora con el que llora!

Berenguer era digno de regir á Cataluña, y Cataluña era el espejo donde acudian á mirarse presurosas todas las naciones de la tierra.

Pero el noble Conde anhelaba llevar á cabo una hazaña tal que le abriese de par en par el templo de la gloria, y sus ojos se fijaron en Almería, joya hermosa de la España, bella vírgen postergada y cautiva de la odiosa Media Luna.

El rey que mandaba en ella era un tirano, y sus bárbaras huestes tenian aterrorizadas á todas las comarcas cercanas con sus devastaciones y rapiñas, así como sus naves infestaban los mares haciendo la guerra á todas las enseñas.

Era entónces Almería ciudad grande y populosa; pero sus altares habian sido derrumbados, y convertidos en mezquitas sus antiguos templos.

Sus hijos arrastraban largas cadenas, y ni aun en voz baja se atrevian á murmurar la palabra libertad, temerosos de que fuese repetida por los vagos y fugitivos ecos de sus bosques.

Si un encumbrado peñon se derrumba sobre el cauce de un riachuelo, detiénese de improviso su corriente límpida y serena, cesan sus murmullos, sus aguas azuladas se convierten en verdosas, marchítanse las flores que crecian en sus orillas, y poco á poco se convierte en cieno. Ay! Tambien los pueblos esclavos se degradan y perecen! Y no era que el cielo de Almería no fuese siempre hermoso, no era que la naturaleza no tendiese ya á sus plantas una alfombra de verdura, no era que el Mediterráneo dejase de rendirla vasallaje; pero Almería era esclava, y hasta los más ricos presentes del Eterno son amargos y desabridos para el que gime al compás de sus cadenas.

Berenguer quiso ser el regenerador de aquel pueblo moribundo, quiso volver su diadema á aquella postergada reina de los mares, y haciendo un llamamiento á los Genoveses y Navarros, trazó el plan de su conquista.

Cundió el grito de guerra por todos los ámbitos de Cataluña, y de todas partes acudieron los ínclitos caudillos á arrollarse debajo su estandarte. La idea de aquella noble cruzada inflamaba todos los corazones, y los esposos dejaban á sus esposas, los padres á sus hijos pequeñuelos, y hasta los imberbes adolescentes la cabaña do se meciera su cuna. Por doquiera veíanse aprestos militares é intrépidos campeones que corrian á la capital, ansiosos de arrancar aunque fuese una sola hoja de la palma del martirio.

La patria y la religion los impulsaba; y son dos fuertes palancas que truecan en semidios al hombre.

Ya el puerto de Barcelona ostentaba las orgullosas naves engalanadas con sus blancas velas, ya las madres las esposas se habian despedido con lágrimas de los valientes adalides, y ya estos sólo esperaban un hábito de viento favorable para alejarse, entonando con entusiasmo el himno de la patria.

(Se continuará).

ANGELA GRASSI.

EL CANTO DE LAS TINIEBLAS

EN LA CAPILLA SIXTINA.

Tomamos el siguiente fragmento del bellissimo artículo que D. José Pastor de la Roca consagra á las ceremonias de Semana Santa en Roma, y que creemos será del agrado de nuestras lectoras.

VI.

Faltábame asistir á otra ceremonia, que creia yo estaba destinada á poner el sello á mi resolucion moral tan pronunciada. Iba á asistir al oficio de tinieblas, por la tarde, en la Capilla Sixtina, ó como dicen los Italianos en su dulce idioma: *Uffizio di lutto e come la rappresentazione dei funerali del Redentore*.

Para ir á San Pedro quise seguir lo que se llama la *vía* ó la *strada papal*, que es el trayecto que media desde el Quirinal al Vaticano, y que yo no habia tenido ocasion de recorrer todavia.

Constituido á este fin en la plaza del primer nombre, junto al Obelisco, seguí sucesivamente la vía del Quirinal, la *delle tre Canelle*, plaza *dei Santi Apostoli*, vía *San Romoaldo*, frente al palacio Colonna, y atravesando el Corso, continué por las vías del *Gesú*, *dei Cesarini*, *Argentina*, pasando junto á la iglesia de *Sant'Andrea della Valle*, por la vía del mismo nombre, y después por las *delle Colonne*, *dei Massimi*, *San Pantaleo*, *del Governo vecchio*, *del Banchi nuovi* y *della Banca Santo Spirito*, hasta que llegué al gran pórtico.

La plaza de San Pedro podria contener, por lo ménos, diez mil personas, resueltas á entrar á oír los oficios en la Capilla Sixtina, y que, sin embargo, apenas podrá contener cómodamente de 500 á 600.

Separé mi vista de aquel tumultuoso oleaje, de aquel ondulante mar de cabezas humanas que hormigueaban inquietas, y que, observadas á vista de pájaro, formaban un pintoresco espectáculo; distraje el oído de aquel desconcierto de vociferaciones inquietas, indigna profanacion de un gran día, para contraerme todo entero, con mis sentidos y potencias, al interior de la gran Basílica, envuelta en una semi-oscuridad imponente, en la cual penetré como poseido de un santo temor inexplicable.

VII.

La capilla donde iban á celebrarse los Oficios estaba despojada del lujo fastuoso que suele adornarla: por doquier el duelo, el luto, la tristeza y un funeral silencio envolvian aquel augusto recinto, donde todo era grande y hablaba al alma un lenguaje sobre humano y misterioso.

El trono pontificio no tenia dosel, los bancos de los Cardenales desnudos, y las tribunas blasonadas de los príncipes, de las embajadas, de la nobleza y de la prelatura, mirábanse despojadas de sus pabellones y cortinajes de terciopelo y tisú con galones y franjas de oro y hasta de los escudos heráldicos que las distinguieran, ó por lo ménos veladas con crespon violado. El pavimento tampoco tenia el riquísimo tapiz verde que suele cubrirlo; velas amarillas alumbraban apenas alguno que otro retablo ó nicho, y en fin, allá, en su último término, como un punto piramidal perdido en aquel dudoso crepúsculo, alzábase sobre el altar la gran Cruz, velada por un crespon negro, extendiendo sus descarnados brazos en aquel sitio augusto, desolado y triste.

Seis cirios verdes alumbraban el ara, mezclando su tenue claridad con las luces pálidas tambien del tenebrario, como astros fantásticos y vacilantes en aquel limbo oscuro en que se representaban los funerales de Dios muerto por su amor al hombre.

VIII.

Mientras tanto el gentío invadia ya en tumulto la Capilla, empujándose, estrujándose, y reprimiéndose sin miramiento á la santidad del sitio ni á la solemnidad de que se trataba, y sin que la fuerza armada, colocada en dos filas en el centro, á lo largo del santuario, bastara á mantener el orden y compostura debidos.

Empezó el Oficio, que puede decirse es una elegía continua y sublime, un grito doloroso y tierno que exhala la contricion de un pueblo herido en su sensibilidad

por la voz de un Dios moribundo, que lanza sobre ese mismo pueblo, ingrato un día, un llamamiento de perdón y de gracia desde la cumbre ignominiosa del Gólgota.

La antifona *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam misserunt sortem*, sonó en mi oído en un tono tan grave, tan patético, que conmovió el alma á medida que parecía ir creciendo gradualmente hasta la entonación del Salmo *Deus, Deus meus, ¿quare me dereliquisti?* La orquesta hacía vibrar sus notas enérgicas, íntimas y elocuentes, eco, al parecer, de las palabras de un Dios mártir desamparado en medio de la más dolorosa agonía, haciendo palpar los corazones poseídos de un santo temor.

Pero aún no es eso todo: las luces disminuyen lentamente, se extinguen y desaparecen; aumenta la oscuridad, envolviendo el gran templo en un tenebroso crepúsculo; el canto patético de las lamentaciones del *Benedictus* y del *Miserere*, de Allegri, viene á aumentar más aún la enérgica impresión de la escena, acompañado del numerosísimo instrumental de la Capilla, y á que responde un formidable coro de cien voces, produciendo un efecto asombroso é indescriptible.

IX.

Las pinturas que decoran el santuario, toda esa milicia aérea, flotante, por decirlo así, en una atmósfera diáfana y confusa, ese numeroso ejército de patriarcas, vírgenes, profetas y levitas del Antiguo Testamento, de sibilas y ángeles alados, santos y emblemas místicos que pueblan el horizonte imaginario, al cual la oscuridad prestaba una especie de realidad fantástica; toda aquella variada multitud, destacándose como en relieve sobre el fondo mágico de aquel recinto, prestábase á la ilusión de los sentidos con toda la propiedad del delirio, cerniéndose, al parecer, creciendo y multiplicándose, tomando formas corpóreas y actitudes diversas, confundiendo sus grupos llenos de vida con las figuras graves de los santos y de las innumerables almas que flotaban también, en segundo término, representando la dramática escena del Juicio final, ese poema terrible de la última hora del mundo, que con tan vivos colores ha trazado el pincel creador de Miguel Angel. Todo aquel conjunto parecíame que tomaba vida y adquiría proporciones extrañas, lanzando gritos amenazadores ó tristes, exclamaciones ó blasfemias, risas ó llantos, ayes de desesperación ó cantos de gloria, traducidos por las notas variadas de esa melodía sentimental y lúgubre que subleva el alma y la constrieta.

Por fin, todo fué descendiendo gradualmente con las últimas estrofas; las luces del tenebrario, las del altar y las de los nichos se extinguieron, y el templo quedó sumergido en tinieblas: la voz doliente de los cantores y de los instrumentos apagábase como un eco lejano y moribundo, como una prolongada nota fugitiva, como un gemido que iba á perderse en el sagrado ámbito, al través de aquella lobreguez misteriosa, sumergida ya en el más profundo silencio.

Faltaba todavía otro golpe de efecto que contrastara con ese mismo silencio, con esa ansiedad tan profunda: dos canónigos aparecieron sobre una tribuna, y á la luz de un cirio de tres mechas, fueron mostrando al auditorio la Faz del Salvador, dos espinas de la corona, la lan-

za, un clavo, la plancha de la cruz ó tabla de madera ne-gruzca, con la triple descripción hebrea, griega y latina, *hebraice, graece e latine*, reproducida en caracteres visibles, en esta forma: En Sunfrazan, anagrama Nazarenus re, con otras muchas reliquias que desde la mañana habían estado expuestas á la adoración pública en la basílica de la Santa Cruz en Jerusalem.

Poco después, las puertas del gran templo se abrieron, el inmenso gentío salió desordenadamente de la Capilla, y yo salí también, no sé cuándo, protegido por la guardia papal, escoltado por los dragones suizos que, con el arma á la funerala, seguían ocupando, en dos filas paralelas, el centro, para dar tregua á las emociones que me

Conociendo ya el movimiento de los cielos, vamos á entrar en el estudio de los astros.

Las estrellas fijas aparecen á nuestra vista unas mayores que otras, según que en realidad están más lejos ó más cerca de nosotros, y los astrónomos, según su tamaño aparente, las clasifican en estrellas de primera, segunda y hasta sexta magnitud. Luego las demás que se ofrecen á la vista las distribuyen en grupos, á los que llaman constelaciones; una de ellas es la Osa mayor, que se distingue á aquella parte del cielo, y que vulgarmente se llama carro. Como el espacio es inmenso, y sólo Dios sabe el número infinito de astros que encierra, los hay tan lejanos que á pesar de ser tan grandes como el sol, se cree es una de

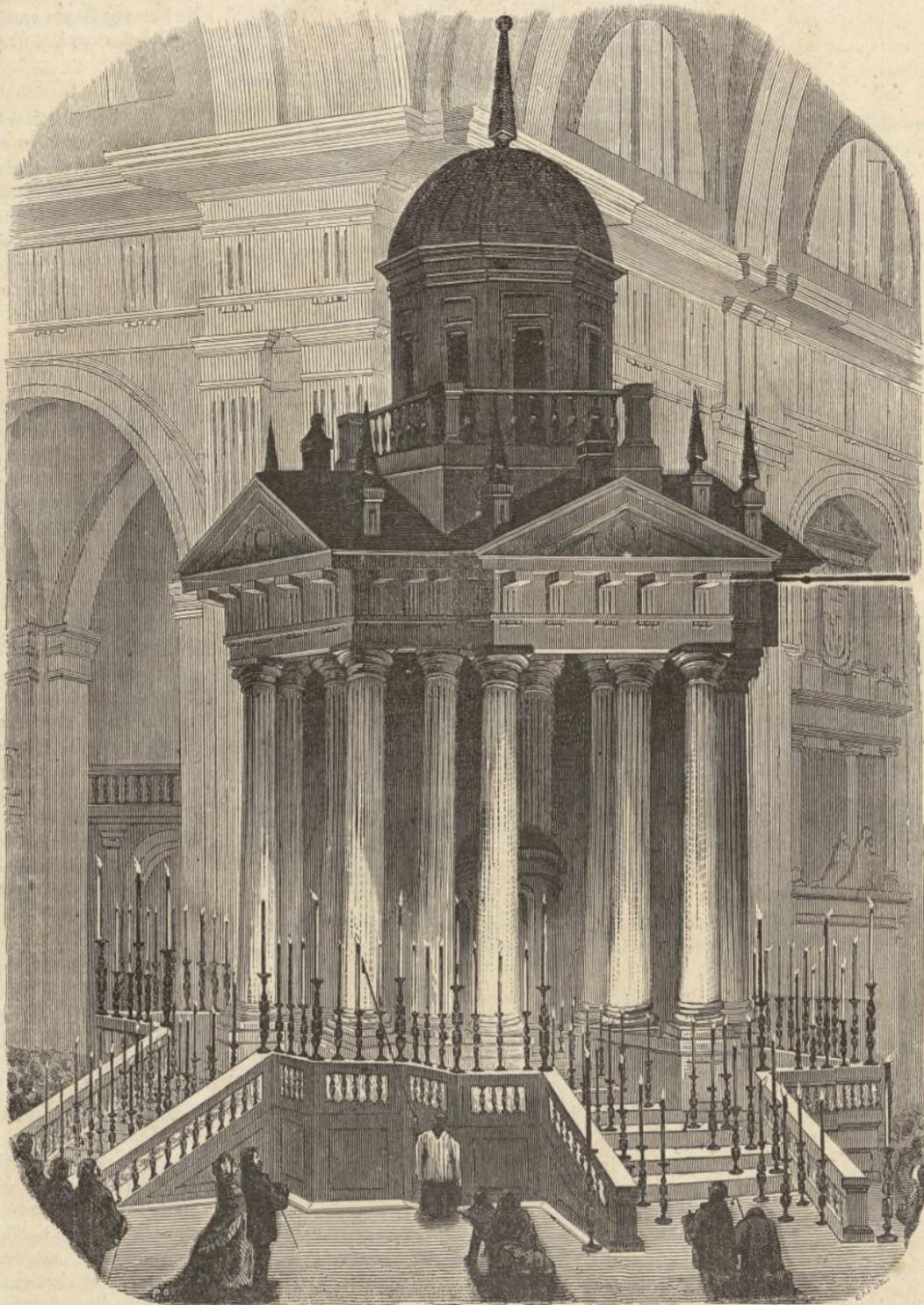
las menores de las estrellas fijas, y á tan inmensa distancia unas de otras, vemos unas nubes blanquecinas como vapores extendidos en el firmamento, como la Via Láctea ó camino de Santiago, que están compuestas solamente de estrellas fijas; pero tan lejanas, que sus luces se nos presentan confundidas y llegan á nosotros como un ligero vapor. A estas se llaman estrellas nebulosas; y por último, las que sólo se distinguen por medio del telescopio se llaman telescópicas.

Con que resumiendo. Te he dicho que el cielo, que se presenta á nuestra vista como una hermosa bóveda, es el grande espacio donde giran los astros; que las estrellas se dividen en fijas y errantes; fijas, las que siempre aparecen en un mismo punto del espacio, lo que nos prueba la propiedad de su nombre, y errantes, las que unas veces vemos en una parte del cielo y otras en otra, lo que nos prueba su movimiento y nos enseñan á la vez los caminos que trazan. Te he dicho que las estrellas fijas se clasifican por su tamaño aparente en estrellas de primera hasta sexta magnitud; que se dá el nombre de constelaciones á unos grupos de estrellas fijas nebulosas, ó á estrellas de la misma naturaleza; pero cuya inmensa distancia nos confunde sus luces y nos las presenta á manera de nube; y por último, telescópicas á las que sólo se distinguen por medio de buenos instrumentos ópticos. ¿No es verdad, hija mía, que se eleva y extasia nuestro espíritu ante el poder y sabiduría infinita del Criador?

—Ay, madre mía, dijo la niña, oprimiendo contra su pecho una de las manos de la señora; estoy gozando de un placer tan inmenso, que

me siento como elevada á una esfera que no conocía.

—Comprendes ahora cuánto vale la instrucción? Mientras el ignorante ocupa su entendimiento con las mezquindades y miserias de este mundo, el instruido descubre en ese mismo mundo la belleza de la ciencia, y la ve sujeta á sabias y hermosas leyes que le encantan. Dime, pues, hija mía, si tales son las leyes de los astros, séres puramente materiales, ¿cuál será la hermosura y sabiduría de las leyes de la moral y de la virtud, que rigen nuestras almas inmortales; astros que giran en rededor y reciben su vida y su luz del infinito Sol de la sabiduría, que es Dios? ¿No te causarán lástima esos espíritus ciegos y mezquinos, que jamás se elevan á la contemplación de obras tan maravillosas, mientras que la práctica que te he inculcado de consagrar una parte, siquiera sea muy pequeña, del día, á la contemplación de los misterios divinos y de las sabias y espirituales leyes que rigen nuestras almas, es una práctica sumamente provechosa que



MONUMENTO DE SEMANA SANTA, EN EL ESCORIAL.

agitaron durante todo aquel día, para mí tan memorable y santo.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

TARDES DE PRIMAVERA.

Copérnico, hacía el año 1530, sostenía que el sol se hallaba fijo en el centro, y que la tierra y los demás planetas giraban alrededor de él.

En 1608, dijo Tycho Brahe, que el sol giraba alrededor de la tierra y los demás planetas alrededor del sol.

El de Copérnico es el que se sigue generalmente, como el más conforme con la razón y con las leyes de la naturaleza. Posteriormente se llamó sistema moderno al que, considerando los planetas como Copérnico, concede al sol su movimiento, y esto facilita mucho el estudio de la Geografía astronómica.

Ayuntamiento de Madrid



J.A. Weger sc.

1017

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim 11, 3.

Ayuntamiento de Madrid

enaltece nuestros corazones, y la escuela donde se nutre nuestro entendimiento para hacerse apto á concebir ideas grandes y levantadas!

Al pisar esas regiones, el corazon y la inteligencia se desenvuelven de las tinieblas y cadenas de las pasiones que les oprimen: se ve por grados crecer y esclarecerse la luz, y mirando al cielo y á la tierra bajo su verdadero punto de vista, se adquiere aquella riqueza que lo posee todo, porque posee al mismo Dios. El sábio, para quien su vida moral ha sido siempre un libro cerrado, en el que jamás ha leído, ignora muchas, muchísimas cosas. Es un niño, que cree no haber cosa más preciosa que un trozo de cristal que ve brillar, ni de más valor que el retazo de dorado papel que tiene entre sus manos. Pero el que ilumina la ciencia con la luz del cielo, ese halla el enlace de todas las armonías de la vida del mundo material con el moral, y de estos con el misterioso pero sublime mundo espiritual.

Yo quisiera, hija mía, que tu corazon y tu inteligencia caminasen juntos por esa vía de perfeccion; que tus talentos y tus perfecciones todas, recibiesen su vida de ese punto que es el centro y la causa de todo, donde el corazon y la inteligencia hallan el placer sin límites.

Una sólida instruccion, acompañada de la virtud, es el verdadero patrimonio de una jóven. ¡Oh, si lograses adquirir ambos tesoros!

Al decir esto, la señora se levantó para dirigirse á la bonita casa, que á muy corta distancia se destacaba iluminada por la luna. La luna bañaba tambien el semblante dulce é inocente de María, más bello que por sus puras líneas, porque se retrataba en él su alma cándida y virtuosa, santamente complacida. Ah! ¡feliz la madre cuya instruccion es bastante sólida para formar por sí misma el corazon y la mente de las dulces prendas de su alma, guiándolas con paso seguro por las sendas del bien y la virtud!

MARIA J. POLAVIEJA

LOS NIDOS DE LAS AVES.

(Conclusion).

Igualmente notables son los nidos de los zorales, de los verderones y los pinzones; pero sobre todo son dignos de notarse los extraños nidos de las palomas flamencas que forman inmensas construcciones para vivir en ellas, en número de 500 ó 600 en completa uniformidad, por lo cual los Franceses las llaman republicanas. Para construir una especie de techado se reunen muchos centenares en un árbol; este techado está tejido de hojas grandes y de pajas, pero tan tupido, que es impenetrable la lluvia; despues de hacer este trabajo comparten los lugares y cuelgan los nidos del techado, todos son de igual tamaño y están unos al lado de otros. Cada uno de estos nidos tiene su entrada particular; sin embargo, sucede á veces que una puerta sirve para dos vecinos, y aunque las pequeñas paredes que los dividen son muy delgadas, no pene-

tra en ellos la lluvia por fuerte que sea. Los nidos son de 3 pulgadas de diámetro, y están hechos de hojas y yerba más fina que el techado, tejida tambien muy fuertemente y llena de plumon por dentro. Cuando la poblacion se aumenta, los nidos nuevos se colocan sobre los antiguos, los cuales sirven de calle ó pasadizo para ellos.

Vaillant examinó una de estas construcciones, llegando á contar 320 nidos bajo un mismo techado; no calculando más que dos aves por nido, formaban una colonia de 640 individuos. Sería muy interesante estudiar la

Este nido, como todos los demás de la familia de las golondrinas, está hecho no con huevos de pescado y con otras sustancias animales, sino con las ramas de una planta marina que el pájaro liga y pega por sí mismo. El naturalista Lancouroux cree haber reconocido en esta planta una de aquellas del Océano Indico que dan mucha materia azucarada. Estos nidos se buscan principalmente en las cavernas de la costa de las islas del Océano, en Timor, Flores, Amboina, Taiti y las islas Marquesas. Para llegar á la boca de una de estas cavernas formadas por el mar,

hay que subir por una roca escarpada de algunos centenares de piés de altura, y muchas veces estar horas enteras suspendido sobre un abismo, sin más apoyo que una frágil escalera de bambú; al llegar á la entrada se encienden antorchas para buscar los nidos, que en general están ocultos en las grietas y cavidades de las rocas, por las que hay que caminar con el mayor cuidado: allí domina una oscuridad eterna, y no se oye más que el ruido de las olas que se precipitan con estruendo en estas cavernas. El pié debe ser seguro y la cabeza firme para poder trepar á estas rocas resbaladizas; un estremecimiento ó un paso dado en falso, llevaría la muerte tras de sí, lo que por desgracia no es raro. Un grito, una antorcha que se apaga, el ruido de un pedazo de roca que se desprende con estruendo en el abismo, anuncian al atrevido explorador la muerte de un compañero.

Los nidos más apreciados se hallan en cavernas más húmedas, donde las aves no los han manchado aún por la cria: son más blancos, más limpios y más transparentes que los otros.

Estos nidos se cogen dos veces al año; pero hay que resguardarlos del sol que los hace perder el color y la calidad; se dividan en tres clases y son metidos en cajas de madera de unas 60 libras de peso. Una gran parte de ellos son para la corte; los Chinos dicen que no hay nada más sano y nutritivo que estos nidos, pero no sirven más que para halagar la vanidad de los ricos, que son los únicos que los comen por lo subido de sus precios.

Anualmente se envían á la China 242.000

libras de estos nidos, lo cual importará, aun haciendo un calculo muy bajo, más de 500.000.000 reales. Los príncipes de las islas, en cuyas cavernas se encuentran estos nidos, conservan este monopolio, que muchas veces es la única causa de la guerra que se hacen con tanta frecuencia.

Un ejemplo aún más notable del instinto de los pájaros, de su mucha prevision y de su extraordinaria industria, es un nido de canario, que el viajero Lamarre-Pignot trajo de las Indias, el cual estaba hecho de yerba tejida y con filamentos de plantas, de modo que formaba algunas pulgadas de colchon; tenia la forma de una botella ordinaria; el cuello terminaba con una rama de sauce duro, pero flexible, que formaba una especie de asa, la cual ser-



LA MUERTE DE JESUS, POR GUIDO RENI.

vida de una colonia tan numerosa y tan uniforme, y principalmente los momentos que dedican al cuidado de sus hijos. Es de creer que abandonan los nidos así que la cria puede volar, y que no vuelven á ellos hasta que están de nuevo en celo.

No se sabe cómo se forma ni cómo se disuelve esta asociacion, aunque es una de las cosas más interesantes.

Hay una clase de nidos que tiene tanta importancia zoológica como gastronómica; estos son los de las golondrinas indias, que forman objeto de comercio muy principal en el mar de las Indias y en los de la China, y que están considerados por los Holandeses como uno de los más excelentes platos de su cocina.

via para colgar el nido en cualquier parte del bosque. Una tarde vió el mismo viajero una luz vacilante que se movía de aquí para allí á algunos pasos delante de él; creyendo que era producida por algun gusano de luz, se adelantó hácia el árbol en donde estaba con intencion de cogerla; oyó un chillido angustioso y un ruido semejante al que se haría agitando el árbol, y la luz desapareció. Lamarre-Pignot no pudo creer que un insecto tan pequeño como el que se figuraba, fuera la causa de este fenómeno, por lo cual miró bien el punto que era, para volver al otro día.

Cuando fué, halló el nido que hemos dicho, pero nada que pareciese ser la causa de la luz que había visto la vispera. Examinó todo lo que había alrededor del nido, las hojas, la corteza del árbol, la tierra misma, pero no encontró nada que le diera la solución de aquel extraño fenómeno.

Por último, resolvió abrir el nido, tres huevos frios y abandonados indicaban que el chillido había sido lanzado por la madre, que había huido asustada; pero lo que el viajero no podía figurarse, ni aun en sueños, lo que le llenó de profunda admiración fué la iluminación de este interior misterioso por medio de gusanos de luz, que yacían á igual distancia unos de otros. Algunos restos de estos insectos yacían también en el suelo del nido y hubieran sido el primer alimento de su cría á no haber ahuyentado el viajero á la madre.

Confesemos que á pesar de todos los trabajos del espíritu humano desde hace cinco mil años, la historia del instinto animal es aún sumamente ignorada; y que este enigma, semejante á la esfinge, devora los sistemas de millares de hombres que se atribuyen la gloria de haberle descifrado.

A.



LA ABADIA.

NOVELA DE RODOLFO JOPFFER

libremente arreglada

POR MICAELA DE SILVA.

(Continuacion.)

En el mismo instante sentí rechinar los goznes de la puerta, y vi que asomaba la cabeza del sacristan; este avanzó á paso de buey, llevando en la mano izquierda el candil encendido, y en la derecha un garrote mayúsculo... Mayúsculo fué también el miedo que le tuve!... Quise llamar á los piés compadres, pero me detuvo el temor de ser descubierto... calladito, calladito, me arrimé á la tapia del cementerio, y pude, sin gran esfuerzo, escalar el muro sagrado. Ya tras él, me puse á observar por una tronera lo que hacía el maestro.

Este, atraído quizá por el rumor de mis pasos, dejó de observar la reja del cuarto de su hija, y acercóse al sitio donde me hallaba; creíme descubierto, y aunque temblando, escalé una ventana que hallé abierta, cerréla tras de mí con mucho tiento, y quedéme tras la vidriera observando lo que pasaba.

El sochantre apagó la luz, y blandiendo el garrote, registraba el parque, atento á escuchar el más leve rumorcillo... Por fin, cansado de dar vueltas, renunció á sus inútiles pesquisas, y entróse por donde había salido, cerrando la puerta con llave y cerrojo.

El peligro había pasado, pero me aconsejaba la prudencia que no dejara mi asilo; me hallaba en el trasero de la iglesia; decidíme á entrar en el coro, y pasar allí un par de horas: era la una, púseme á rezar, pero entre afectado y soñoliento embrollaba las oraciones; dando cabezadas ó el cuarto, entre sueños conté la media, despues nada oí. Despertóme atolondrado el repiqueteo de las campanas, abrí los ojos y vi que daba el sol en las vidrieras. Cómo escapar sin ser visto? Imposible! No había más remedio que agacharme y sufrir el ayuno y la prision, hasta que las sombras de la noche protegieran mi fuga. No sabía dónde meterme; por fortuna estaba el órgano descompuesto, y tras él me acurrugué de modo que, sin ser visto, podía ver la iglesia.

Era domingo y el repiqueteo de las campanas daba la señal de que había misa mayor... Con gran susto percibí

los pasos y la tos del sochantre que subía la escalera, entró en el coro, y acercándose al facistol, arregló los papeles de la solfa; cada vez que pasaba junto al órgano, acometíame un temblor convulsivo; por fortuna se fué á la sacristía y yo pude respirar libremente.

Poco á poco fueron llegando los cantores, es decir, los que sin serlo acompañaban bien ó mal la exténtorea voz del sochantre; mientras éste andaba por la sacristía, departían aquellos en voz baja, y como era natural hablaron de los acontecimientos más notables ocurridos en la semana; por lo tanto se habló de mi partida. Todos aprobaban la conducta del maestro, algunos compadeciáanse de Luisa, y no faltó quien criticara el proceder del señor cura, fundándose en que no se debe sacar á las personas de su clase, porque «los hijos de la cabra, de una á otra hora balan.»

—Pero se sabe acaso de quién es hijo ese mozalrete?... preguntó un forastero.

—Eso es lo que nunca hemos podido averiguar, respondió el interpelado; pero fácil es adivinar que sus padres no eran personas honradas. Estas no abandonan á sus hijos en mitad de la carretera, como lo hicieron ellos, por librarse de la carga los muy vagabundos. El chico berreaba, los que le oyeron avisaron al cura: éste lo recogió en su casa, y no quiso hacer más averiguaciones.

—Para qué?... repuso el forastero. El señor cura diría: Si hago buscar á los padres del expósito, y les entrego á su hijo, serán capaces de arrojarle á un pozo. Dios me le confía, lo mejor será guardarle... Hizo mal en esto? Yo digo que nó.

—Y otro tanto decimos los demás, repusieron tres ó cuatro voces á la vez.

—Cierto, añadió el narrador; pero la verdad es que todos, en lugar del maestro, le hubiéramos hecho ascos al yerno. A nadie le gusta emparentar con gente de mala ralea.

—Pobre chico! exclamó un pariente de Luisa. Es lástima que tenga ese borron, porque no hay en el Concejo rapaz más listo ni mejor enseñado.

Y á renglon seguido aquellos hombres que tan cruelmente me habían humillado, hicieron de mí unos elogios que me sorprendieron lo que no es decible; yo ignoraba entónces que dentro del corazón humano caben juntos el egoísmo y la benevolencia, las preocupaciones más injustas y el innato sentimiento de amor á la justicia. Sea como quiera ello es que sus frases cayeron sobre las llagas de mi corazón como unas gotitas de bálsamo.

Entre tanto la iglesia íbase llenando de fieles. Los notables ocuparon los bancos del presbiterio, las mujeres arrodilláronse sobre las losas. Luisa entró á ocupar su sitio, al arrodillarse cruzó fervorosamente las manos, y parecióme que lloraba; pero no vi su rostro, porque le velaban los pliegues de la mantilla y apenas alzaba la cabeza.

Durante la misa mil veces estuve á pique de sollozar, pero me contuvo el temor de verme descubierto: á dos pasos de mí estaba el sochantre... acabada la misa, era costumbre del señor cura explicar á sus feligreses algun punto de la doctrina; hizolo aquel día comenzando por decir en voz baja estas palabras del santo Evangelio: «En verdad os digo, que si recibis en nombre mio á uno de estos pequeñuelos, á mí es á quien recibis.»

Mis amados feligreses... añadió en seguida levantando la voz, permitidme que, por esta vez, interrumpa el curso de mis pláticas doctrinales, para dirigiros algunas verdades que no debo callar. ¡Plegue á Dios que salgan de mis labios sin acritud ni amargura, y que vosotros las oigais con aprovechamiento y humildad!

Hace diez y ocho años, bien lo recordareis, oyéronse por la noche, hácia el camino real, los vagidos de una criatura recién nacida... fuisteis á buscarla, y á poco me presentásteis á un hermoso niño envuelto en sucios harapos y casi muerto de frío; era un ángel que Dios nos enviaba para que con él ejerciéramos la más bella de las virtudes, la caridad... Yo le recogí deseoso de que las jóvenes madres se ofrecieran á criarle; mas viendo que ninguna se presentaba, tuve que apelar á mi buena cabra, y esta no le negó su leche ni sus caricias; el pobre animal no podía darle otra cosa, y los niños, como sabéis, necesitan de los cuidados que las mujeres prodigan á sus hijos; el huérfano sólo recibíó los míos; la pobre criatura, en vez de ser objeto de compasión lo era de maligna curiosidad; sobre su inocente cabeza pesaba la más injusta de las preocupaciones. Siento decíroslo, pero entre mis honrados feligreses no hubo siquiera uno que se brindara espontáneamente á servirle de padrino y darle su nombre.

A pesar de todo y gracias á la divina misericordia, el niño se crió alegre, sano y robusto; su apacible condición, su viveza natural, su docilidad y hermosura, os cayeron en gracia, le amásteis, alternó con vuestros hijos en los juegos de la infancia, le acogisteis en vuestros hogares y mi corazón agradecido rogó á Dios que premiase vuestra caridad...

Caridad he dicho... Pero, ay, hermanos míos! la caridad prescinde generosamente de las preocupaciones del mundo; la caridad no atiende al nacimiento, y vosotros nunca olvidásteis la mancha del suyo; en vuestras conversaciones familiares le llamais el expósito, y este nombre, hiriendo sus oídos, bastó para darle á conocer, ántes de tiempo, una desgracia que convenia ocultarle para que la humillación no emponzoñara sus más bellos días... He dicho que le amábais, pero si el Señor, escuchando mis votos más ardientes, le hubiera inspirado el deseo de permanecer á mi lado, ¡cuál de vosotros hubiera consentido en darle por compañera una de sus hijas?... Ninguno. Su alianza tendriaisla por deshonrosa, y yo, conociéndolo, he debido alejarle, á costa de privarme de las dulzuras, de los consuelos y cuidados que á mi edad son tan apetecibles.

Pero yo no debo ahora pensar en mí, si no en las almas que Dios puso á mi cargo... la del huérfano espera en Dios... la mia debe confiar en la divina misericordia; pero ¡y las vuestras, hermanos! las vuestras ¿en qué piensan? Esto es lo que desconsoledome me pregunto, y en verdad que no acierto á responderme... ¿De qué me ha servido inculcar en vuestros corazones las máximas del Evangelio, si no se ha estirpado en ellos la cizaña del orgullo...?

Ay, Maestro, ¡Redentor mio! ¿Qué te responderá este pobre cura de almas cuando le pidas cuenta del rebaño que le confiaste?... ¿De qué me servirá decir que teneis fé, si os falta la caridad, ¡y sin ella no podeis salvaros!

Tú, mi dulcísimo Jesus, enviaste á mi redil un corde-rillo inocente, uno de los pequeñuelos que tu bondad confía dulcemente á los que te aman... y entre los que se precian de seguir tu ley, no ha encontrado el infeliz un amigo verdadero... y á estas horas, el huésped que nos enviaste, camina solo y cabizbajo en busca de protectores desconocidos... ¿Hallará en ellos la caridad, el amor que aquí se le niega?... Yo así lo espero, porque tu bondad es inmensa...

Pero vosotros, hermanos míos, vosotros que le visteis crecer, y conociais á fondo sus virtudes, le habeis menospreciado á causa de la bajeza ó la ilegitimidad de su nacimiento: si esto hacen los amigos, los pobres aldeanos; ¡qué harán los extraños, los que viven en el seno de una sociedad exigente y preocupada con las grandezas del mundo? Sé tú su amparo, Dios mio. Nosotros pudimos serlo y no quisimos...

Oh caridad bendita! Santa humildad! ¿Adónde buscaros? ¡Ascendisteis con Jesucristo á la regiones del cielo? Allí, en mis juveniles días, ví entre la multitud que puebla las ciudades, algunas personas que os consagraban un culto sublime; pero eran escasas en número, y mis ojos volvíéronse hácia los campos, mi alma creyó de buena fé que habriais establecido vuestro imperio en las aldeas. Oh, acerbo desengaño! Aquí reina el orgullo; aquí el pobre se desdeña de tratar con el miserable; aquí el hijo de bendición rechaza con desprecio al hijo desventurado; aquí el pastor, el jornalero que tan cerca están del polvo á que han de tornar los hombres que del polvo salieron, se creeria envilecido si admitiera por yerno á un expósito... Vaya éste á buscar en otra parte los sentimientos cristianos: busque una grey mejor dirigida. En esta parroquia, el pastor no ha sabido apacentar á sus ovejas. En ella los pecadores olvidan que Jesucristo acogió bondadosamente á la mujer samaritana, y se atreven á mostrarse orgullosos con el inocente, inflexibles con el desgraciado.

Aquí no se aprovechan las ocasiones de hacer grandes obras de misericordia, como si no fueran estas necesarias. Aquí la fé no produce fruto...

Pero basta, conozco la dureza con que os hablo y temo propasarme... Yo que no soy más que un miserable pecador, me atrevo á dirigiros ágras reprensiones... Perdonadme, hijos míos, perdonadme; veo que llorais, y mis ojos se llenan de lágrimas; dejémoslas correr; nó, no serán estériles cada una de las vuestras es para mi corazón una gota de rocío que vivifica la flor de mi esperanza. Desde ahora, yo así lo espero, la caridad reinará entre nosotros. En el pobre, en el desvalido, en el expósito, verémos al huésped que Jesus nos recomienda para que le recibamos y agasajemos como á representante suyo. Si tal ha de ser el fruto de mis palabras, ¡qué importa que hayan sido tanto rudas?... la rudeza es solo mia, su eficacia viene de lo alto.

Aprovechemos los cortos días que nos quedan, nunca para el bien es tarde. Avancemos hácia el sepulcro cargados de obras buenas, y cuando éste reciba nuestros despojos mortales, el Soberano Juez recibirá nuestras almas, y estas ocuparán un lugar entre los escogidos, las vuestras serán bendecidas, porque oyeron con fruto la divina palabra, y la mia porque os la dirigí lleno de buena voluntad y á mayor gloria suya y bien de todos...

Cuando mis lágrimas dejaron de correr, y pude recobrar la vista, miré al señor cura y parecióme ver al mismo Salvador bendiciendo al pueblo; las mujeres sollozaban,

los hombres hacían otro tanto, el sochantre, inclinado bajo la pesadumbre de un dolor angustioso, vertía un mar de lágrimas. Luisa no estaba ya en su asiento, hubiera yo querido besar los pies del venerable sacerdote, mi corazón parecía volar hacia él, contuve sus latidos, y comprendiendo la necesidad y la belleza del sacrificio, ansiaba que la noche favoreciera mi partida.

Tres días después llegué á Oviedo y cuál fué mi sorpresa y conmoción al leer esta carta, escrita por el padre de mi amada Luisa.

«Carlos: Ayer mañana en el sermón, el señor cura nos habló de tí... lo que dijo me causó mucho efecto, lo primero porque salía de una boca tan respetable, y lo segundo porque hablaba conmigo, aunque á todos se dirigía; después le ví solo, triste y paseándose á la sombra de los nogales, beséle la mano y no acerté á pronunciar una palabra.

—Qué teneis, mi buen amigo? preguntóme con la ternura de un padre... Acaso mis palabras os han lastimado?... Me juzgáis hartos severo?...

—No señor; le dije balbuceando, sino que ayer noche no dormí pensando en qué sería del pobre Carlitos... y esta mañana he acabado de persuadirme de que no hago bien en oponerme á su dicha... Se acerca el día de mi santo, y no podría comulgar sin remordimiento... Voy á escribirle que le concedo la mano de Luisa.

El señor cura me abrió los brazos y en mi vida he sentido gozo que pueda compararse al que sintió mi corazón al verle tan regocijado.

La conciencia me dice que obro bien, pero el señor cura exige que lo reflexione algunos meses y que retarde la boda para que puedas continuar los estudios... Mi palabra es firme, tenlo por seguro, y en prenda te remito el reloj de oro que fué de mi abuelo que esté en gloria. No te olvides de darle cuerda todas las noches al tiempo de acostarte, y no le pongas sobre la mesa de plano, sino colgado en la pared, á fin de que no se pare.

Aplicate mucho y procura ser hombre de bien ántes que todo. El señor cura y yo te escribiremos á menudo, Luisa no dejará de aprovecharse del permiso que la he dado para que lo haga, sin más condicion que la de dar sus cartas y recibir las tuyas por mano del señor cura, y por supuesto abiertas; ya sé yo que para el señor cura no tendreis secretos.

Sin más por hoy, queda tuyo afectísimo = SANTIAGO MENENDEZ.

(Se concluirá.)

SOCIEDAD DE ESCRITORES Y ARTISTAS.

Pocos de nuestros lectores ignorarán, si por acaso alguno lo ignora, que la *Sociedad de Escritores y Artistas* es ya un hecho, gracias á la infatigable actividad de varios distinguidos escritores, y muy especialmente á la fecunda y decidida cooperacion de nuestro querido amigo y compañero D. José del Campo y Navas; pero lo que no todos saben, es que en esta Sociedad, agena á toda mira política y creada con el principal fin de prestar su auxilio á los escritores y artistas poco favorecidos de la fortuna, apenas si figuran los nombres de los que más interes deberían tener en que la Asociación alcanzase gran vitalidad y desarrollo. A estimular el interes de los que se hallan en este caso para que ingresen en la Sociedad, así como á sostener el derecho que asiste á la mujer que cultiva las letras ó las artes de formar parte de ella, se dirige la carta que á continuacion publicamos, y que creemos verán con gusto nuestros lectores.

Hé aquí la carta que recibimos, y que es de esperar reproduzcan nuestros compañeros de la prensa:

«Señores de la Comision de reglamento.

Mis buenos amigos: Muéveme á dirigirles estas líneas el considerar que, estando Vds. encargados de redactar los Estatutos de la Sociedad, y no habiendo aún concluido su tarea, ha de serles en todo extremo fácil reparar un olvido en que caímos al constituir nuestra Asociación, y el cual me ha puesto en tan grave aprieto como podrán ver en la continuacion de mi carta.

Es, pues, el caso, que departiendo yo amistosamente, hace pocas noches, con una de nuestras más distinguidas escritoras, entre la variedad de cosas que amenizaron la conversacion de una mujer, que es tan espiritual como instruida, tocó el turno á la Sociedad que hemos fundado.

—¿Cómo va la Sociedad de escritores? me preguntó con cierta intencion mi discreta amiga.

—Adelante paso á paso, le respondí. Este pensamiento, que ha necesitado no pocos años para germinar, es imposible que alcance su completo desarrollo á los pocos días de planteado. Hasta ahora, á pesar de la diligencia que hemos puesto en que se propague, sólo se ha inscrito lo que podría llamarse la aristocracia de las letras y de las artes; generalmente aquellos que ménos pueden necesitar del auxilio social; y lo que, á pesar de ser cierto apenas si se concibe, es que los escritores y artistas *de oficio*, los que viven de su trabajo, los que buscan en él la subsistencia de cada día, los que están más expuestos á sufrir los rigores de la fortuna, los que, en fin, encontrarían en la Asociación la fuerza de que carecen en su aislamiento y un porvenir seguro para sus hijos ó sus familias, esos, imprevisores é indolentes, no parece tengan gran prisa en ingresar en la Sociedad.

—Es de temer que tal apatía, á la verdad extraña, sirva de rémora á la realizacion de tan útil y filantrópico pensamiento, si no es que lo esteriliza por completo, y ciertamente que casi merecian Vds. el fracaso, por lo injustos.

—Amiga mia, no comprendo...

—Ni es fácil: los hombres, habituados al privilegio, no paran mientes en que el mundo se compone de algo más que de hombres; atentos á sí mismos, olvidan que hay otros seres que son ellos; que hay otros intereses que no son los suyos; se olvidan de la pobre mujer, cuya suerte, si en la mayor parte de los casos se halla ligada á la del hombre, hay otros en que no sucede así, en que la mujer vive sola, del trabajo de su inteligencia, en que tiene intereses propios y grandes deberes que cumplir.... ¿Porqué, pues, no admitirla á formar parte de la Sociedad?

—No creo que le esté vedado el ingreso.

—Tampoco puede Vd. asegurar que le esté permitido, y creo que se vería Vd. en un compromiso si en este momento le dijese que estaba decidida á formar parte de la Sociedad de Escritores.

—En efecto, confieso á Vd. que no habíamos previsto el caso: pero yo, naturalmente inclinado á ser deferente con las damas, tomara bajo mi responsabilidad su admission en la Sociedad.

—Paréceme que por algo más que por razon de galantería debe concedérsenos este derecho; aunque poco entendida en achaques políticos, algo se me alcanza del movimiento iniciado en ciertos pueblos libres, como Inglaterra y los Estados-Unidos, para llegar á lo que se llama la emancipacion de la mujer, y aun á riesgo de que me aplique Vd. aquellos versos de Molière en *Les femmes savantes*,

«*Il n'est pas bien honnête, et pour beaucoup de causes Qu'une femme étudie et sache tant de choses,*»

diré á Vd. que he seguido atentamente ese movimiento y he leído cuanto de notable se ha escrito sobre el asunto.

—Ignoraba sus nuevas aficiones, y ciertamente no pensaba que se ocupara Vd. en leer á Stuart Mill ó Madame D'Hericourt, defensores decididos de que se conceda á los dos sexos igual participacion en los derechos y dignidades políticas.

—No crea Vd., sin embargo, que participo de sus opiniones: sin conceder la inferioridad de nuestra naturaleza respecto á la del hombre, juzgo que en la diversidad de sus aptitudes debe fundarse la participacion que ha de tener cada uno en los derechos y los deberes sociales, y si bien creo que no es el club ni el meeting el lugar propio de los gustos, de la vocacion y hasta del recato de la mujer, sino más bien el círculo íntimo de la familia, no por eso hade amenguarse el campo de su actividad hasta el punto de crearla agena á esas sociedades que, cual la de que tratamos, tiene un objeto noble, caritativo y elevado.

—Estoy enteramente conforme con Vd. en este punto, y no sólo creo que se cometería una gran injusticia negándole participacion en este pensamiento, sino que creo también que en una Sociedad de esta clase que tiene por objeto principal el socorrer la desgracia, su cooperacion sería utilísima; porque hay cuidados, hay consuelos á que sólo la mujer con su delicado sentimiento podría ocurrir;

la mujer, que es el alma de la familia, podría prestar al huérfano las preciosas y tiernas atenciones que sólo ella sabe sentir y comprender; llevaría al lecho del pobre enfermo, no sólo el socorro material que de sus manos saldría santificado, sino el auxilio moral, sus celosos cuidados, su amorosa solicitud por todo lo que sufre.

—Gracias mil por la manera como entiende Vd. nuestra mision en la sociedad; pero permítame que le haga observar que aun así, toma Vd. un punto de vista que participa un tanto de ese egoismo con que están Vds. acostumbrados á mirar á la mujer, como desempeñando siempre un papel accesorio respecto al hombre: nó; sea Vd. completamente justo y reconozca que las que dedicamos nuestra inteligencia al cultivo de las letras y de las artes (y somos más de lo que Vd. puede creer) tenemos perfecto derecho á formar parte de una Sociedad en que no se exigen otros títulos para el ingreso. Por más que muchos lo ignoren, hay en nuestra sociedad, tan llena de preocupaciones respecto al destino de la mujer en la vida, no pocas que, si no escriben como Mme. Stael ó George Sand, ni pintan como Rosa Bonheur, cultivan la literatura y las artes, sin verse reducidas á la condicion de *estar hilando y tejiendo y teniendo cuenta con su rincón*; pero sin abandonar por eso los deberes que han de cumplir en la familia ni desconocer su verdadera mision en la vida. Ahora bien, ¿les negarán Vds. su puesto en la Sociedad de Escritores y Artistas?»

Estas fueron, poco más ó ménos, las razones que en defensa de su derecho expuso la amable escritora, cuyas frases siento no haber podido trasmitir á Vds. sino desprovistas de este tinte espiritual, de esa distincion con que salieron de sus labios.

¿Necesito asegurar á Vds., amigos míos, que cedí al poder del talento, á los encantos de la gracia y á la influencia incontrastable de la justicia?

Fuí vencido y prometí solemnemente que defendería su causa y que interpondría mi valimiento de *socio fundador* para alcanzar de Vds. que consignasen explícitamente en un artículo de los Estatutos el derecho que reclamaba mi amable interlocutora.

No dudo que mi indicacion será atendida; pero, si no le fuese, consecuentemente con mi promesa, amenazo á Vds, con acusarlos públicamente como reos de lesa galantería y teman Vds. las justas iras de esa bella mitad del género humano que es más que probable no se hagan esperar cuando yo los presente como seres egoistas y mantenedores del más irritante privilegio: teman Vds. el disfavor de quienes dan el tono general de la opinion; de quienes ejercen, á pesar de nuestra pretendida superioridad, hoy como en todos los tiempos de la historia, una grande influencia moral en la sociedad, y decisiva en la familia. Pero olvido que Vds. han de participar de mi opinion, y que además de apreciar como justa y legítima la aspiracion que yo defiendo, tendrán tanto interes como el que más en merecer el favor de mis defendidas. Esto último, sobre todo, me tranquiliza acerca del éxito de mi pretension: concluyo, pues, repitiéndome su afectísimo amigo y compañero Q. B. S. M.

ANIBAL ALVAREZ-OSSORIO.

Madrid 22 de Febrero de 1872.

Explicacion del Figurin 1017.

FIG. 1.^a—*Traje de paseo*.—Falda lisa de terciopelo ó raso negro, túnico de cachemir, bordado con trencilla de seda, y guarnecido con fleco de seda rizado. Sombrero de terciopelo negro, adornado con cintas de reps y plumas blancas y negras. Cuello alto bordado, y puños iguales. Corbata y guantes lila.

Este traje, por su elegancia y severidad, es muy propio para lucirse en Semana Santa.

FIG. 2.^a—*Traje para joven*.—Vestido con túnica levantada, y chaquetita con aldetas de poplin ó tafetan, color cereza. La falda lleva un ancho volante tableado, y el adorno, tanto de este, como de todo lo demás, consiste en ancha cinta de reps, y bordados de soutache. Cuello y mangas anchas interiores, de muselina bordada. Diadema de flores de azabache en el cabello.



CORRESPONDENCIA.

A. C.—*Carballino*.—Damos á V. las gracias, como también á todas las amables señoras que nos han remitido la solución de la charada *Café*, y cuyos nombres no hemos podido publicar por no haber llegado á tiempo dicha solución.

L. M.—*Toledo*.—Verdaderamente las moñas, aunque se siguen llevando, no están ya de última moda. Los peinados de forma más reciente, ya sean de trenzas, retorcidos ó tirabuzones, son estrechos, largos, cubren el cuello, y á veces descienden hasta la mitad de la espalda, mientras

en la parte superior de la cabeza son muy elevados, sujetos con una cinta y un lazo de puntas vueltas hácia arriba, ó una diadema de azabache. Por delante los cabellos bajan casi hasta las cejas, ya sea en rizos, en bucles ó en ondulaciones.

Los sombreros redondos se colocan bastante atrás, no tanto como los cerrados, pero lo suficiente para que se vea el peinado por delante. También se lleva otra clase de peinado, inaugurado por una bella princesa en el acto de su casamiento; pero creemos que no llegará á generalizarse. Este consiste en levantar todo el cabello en lo alto de la cabeza, coronándola con un rodete de trenzas ó retorcidos, como usaban nuestras madres. Esta moda, más cómoda y más sencilla, creemos, que por lo mismo, no obtendrá más éxito que el que la preste la novedad.

N. V.—*Valladolid*.—Las agujas que se emplean para el encaje, son las mismas que las que se usan para coser; las que se necesitan para el crochet tunecino, son de hueso ó madera, más ó menos gruesas.

Castillo de las Águilas.—Perdóneme V. si le digo lo que pienso. Ese hastío de la vida, ese descontento de cuanto nos rodea, es una peligrosa enfermedad moral que, las más de las veces, dimana de egoísmo y un amor propio excesivo.

Es preciso no pedir demasiado ni á la vida ni á la sociedad: la vida no es más que un manto abigarrado, tejido de lágrimas y sonrisas, de penas y alegrías; la sociedad no es más que un compuesto de hombres y no de ángeles: tomemos ambas cosas como son en sí, supliendo lo que les falta con la resignación y la caridad. ¿Cómo podemos pedir una absoluta perfección á los demás si nosotros carecemos de ella? Decía un santo monje: que le bastaba ver un pedazo de cielo y poder sembrar un grano de trigo para considerarse dichoso. Procure V. consagrar su vida á amar á Dios y producir algún bien á sus criaturas, y verá desaparecer el fastidio que la aqueja, y que, según su propia expresión, la conduce rápidamente hácia la tumba.

M. N.—*Barcelona*.—La recomiendo á V. vivamente la

preciosa obrita, titulada: *La Madre de familia*, debida á la pluma de nuestra estudiosa colaboradora Doña Joaquina Balmaseda. No puede V. ofrecer lectura más sana y más útil á sus tiernas educandas, y debe V. preferir este librito, aprobado de texto para las escuelas, á todos los demás consagrados al mismo objeto. *La Madre de familia* se vende en Madrid en las principales librerías, y en casa de su autora, calle del Espejo, número 13, al precio de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias, franco de porte.

C. M.—*Fuerte Ventura*.—Mil gracias por las lindas charadas que ha tenido V. la bondad de remitirme, y que se irán insertando oportunamente.

Por un error involuntario, dijimos que habia acertado el geroglífico inserto en el número del 2 de Febrero, el Sr. D. Luis Cortés y Suaña, equivocando su nombre con el de su hijo, D. Ricardo Cortés y Velasco, estudioso niño de diez años.



LAS PRIMICIAS.

Solución al enigma inserto en el número del 18 de Febrero último, por D. Sebastian Lamprea y D. Virgilio Torrents.

El que más pone más pierde.

Soluciones al geroglífico inserto en el anterior número literario por Doña Bernarda Afen, Doña Cristina Somoza, Doña Gertrudis Villar, Doña Marcelina Santos, Doña Virtudes Quiroga, Doña Celestina Mestres, Doña Venancia Mateu, y los Sres. D. Benigno Fuentes, D. Bartolomé Silveris, D. Sebastian Garriga, D. Teodoro Lavent y D. Antonio Martínez Ibañez.

EL HOMBRE ES CAPAZ DE COMETER LOS MÁS GRANDES Y ESPANTOSOS DISPARATES, SI SE DEJA LLEVAR DEL AMOR AL ORO.

CHARADA.

Sale caliente del horno
Esta mi primera sílaba,
Y por más que en ella fijas
Con obstinación la vista,
Posible es que desconozcas
Su condición primitiva.
En la más humilde prosa,
Y en la elevada poesía,
Y en los sitios donde veas
Que haya letras manuscritas,
Hallarás segunda y tercia
Sin darte mucha fatiga.

Si una agitación constante
Es el pasto de tu vida,
Para encontrar el sosiego
No te revuelvas ni aflijas;
Con llamar prima y tercera
Se entibiarán tus desdichas.
Si á la tercia y á la cuarta,
En tu cerebro cobijas,
Sentirás que á la locura
Tu razón marcha impelida,
Sin que haya fuerzas humanas
Que detenerla consigan.

Lector, si en usar el todo,
Con perfección te dedicas,
Cuida de que no desciendas
A una pretensión ridícula;
Que aunque manejes colores,
No puedes llamarte artista.

I. DE V.

La solución en el próximo número literario.

A instancias de muchas de nuestras suscriptoras y en combinación con uno de los principales comercios de Madrid, podemos facilitarlas los objetos necesarios para hacer las labores á precios sumamente reducidos, como verán por la siguiente

Tarifa.

Trencilla para encaje irlandés, de 14 á 20 reales pieza.

Dibujos para cañamazo, de 5 á 20 rs.

Dibujos para cañamazo francés 4 rs.

Dibujos de crochet, 5 y 6 rs.

Dibujos de frivolité, 5 y 6 rs.

Dibujos para malla, 6 rs.

Album para punto inglés, 6 rs.

Crochet tunecino, 5 rs.

Tapicería, 5 rs.

Flores de crochet y punto de aguja, 5 rs.

Lanzaderas de marfil 4 rs., de madera 2 rs.

Punzon 1 real.

Agujas para malla, de acero, 1 y medio reales, de marfil, 2 ½ rs.

Agujas para crochet, de marfil, grandes 1 real, pequeñas 2 rs.

" para crochet, de acero, desde ½ real á 2 rs.

" para crochet, de madera, grandes 3 rs., pequeñas ½ real

" para punto de aguja 12 rs.

No se servirá ningún pedido cuyo importe no se remita anticipado.

ADVERTENCIA.

No habiendo llegado á tiempo los grabados para este número, daremos próximamente los que corresponden al pliego de patrones que se reparte hoy.

AGUA NACARADA ORTELLS.

Específico superior á todos los conocidos hasta el día por sus buenos resultados, siendo una prueba de ello la gran aceptación que tiene en todas las provincias de España, pues á la par de no ser ofensivo á la salud, hace desaparecer los granos, pecas y manchas del rostro, hermoseando el mismo, dándole una blancura diáfana.

Precio, 8 y 16 reales frasco.

Pedidos: cajas de media docena en adelante, remitiendo el importe adelantado en letras de fácil cobro, ó sellos de franqueo, á D. Juan Ortells, Montera, 21, principal.—Madrid.

NOTA. Se remiten gratis prospectos é instrucciones á las personas que lo soliciten.

Acompaña á este número el pliego de patrones.—Las suscriptoras á la Edición de lujo, recibirán además el Figurin iluminado.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.